

SODALITIUM

Anno IX - Semestre II n. 4 - Dicembre 93 - Gennaio 1994

N. 36

Artículo extraído de la revista italiana **Sodalitium**, nº 36. pág. 62.

Título original: *L'Osservatore romano*

Autor: *Sodalitium*.

Fecha: **diciembre 1993**.

Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Sobre algunos actos y declaraciones de

Juan Pablo II

L'OSSERVATORE ROMANO 1

Sodalitium



“Sodalitium” ha publicado y comentado repetidamente las declaraciones de Juan Pablo II. Por supuesto, no es fácil, de hecho, moralmente imposible para nosotros, seguir toda la actividad de quienes ocupan la Sede de Pedro. Sin embargo, pensamos que podemos prestar un servicio a los lectores publicando regularmente algunas de nuestras observaciones sobre aquellos **actos o declaraciones de Juan Pablo II que no se reconcilian con la práctica y enseñanza de la Iglesia**. Lo hacemos sin acritud ni orgullo, con gran tristeza y desconcierto. Conscientes de que el católico no debe discutir, sino abrazar la enseñanza (aunque sea meramente auténtica) del Papa y de la Iglesia, nos permitimos escribir como escribimos solo porque, como ya hemos dicho y demostrado, sabemos que a la luz de la fe, que Juan Pablo II no tiene autoridad pontificia ni ayuda divina, ya que no procura objetiva y habitualmente el bien de la Iglesia Católica.

Con la intención de dar estabilidad en Sodalitium al análisis crítico mencionado anteriormente, análisis que nos impone la obligación moral de dar testimonio público de la fe, **lo convertimos en una sección fija** titulada «Osservatore Romano».

Sodalitium.

El viajar a los países bálticos.

En el último número de Sodalitium ya mencionamos el reconocimiento de que, durante este viaje, Juan Pablo II ha tributado al marxismo, atribuyéndole abusivamente un *alma de verdad*. El mismo viaje también supuso una nueva oportunidad para promover el ecumenismo. Presentándose simplemente como “el obispo de Roma” (el 8 de septiembre en Riga, en la catedral luterana, tras una ceremonia común con los autodenominados obispos luteranos, bautistas y “ortodoxos”); Cf. O.R. 9-IX-1993, pág.7) Juan Pablo II repitió los pilares de su doctrina ecuménica, algo inaudito en la Iglesia antes del Concilio Vaticano II. Habría una “búsqueda común de valores, y entre ellos, en primer lugar, el gran valor de la unidad cristiana. Junto a no pocas contradicciones, la era actual tiene muchos aspectos positivos. Entre estos emerge el espíritu ecuménico, que se eleva por encima de divisiones antiguas, a menudo debido a una religiosidad vinculada más a preocupaciones temporales que religiosas” (ibid.). Y de nuevo: la separación y la

división habrían “*surgido en otros contextos históricos, cuando los intereses temporales a menudo tenían la ventaja sobre la misión evangelizadora. Pero la Palabra de Dios es más fuerte que las palabras de los hombres, y la esperanza que nos une está más profundamente arraigada que las diferencias que nos separan.*”

El mismo concepto se repitió en la iglesia luterana de Tallin, donde se reunieron “obispos ortodoxos”, autodenominados luteranos, representantes metodistas y bautistas, con una “bendición final” introducida (?) por bautistas, y concluida (?) por Juan Pablo II (10 de septiembre, O.R. 11-IX-1993, pág.7). Los cristianos serían “*divididos por elecciones —no siempre consideradas— tomadas en un pasado que hoy todos lamentan. De hecho, sabemos bien que, en la economía divina de la salvación, donde abundan el pecado y todo lo que conduce al pecado, la gracia abunda aún más. Siempre es Dios quien, con infinita paciencia, recompone el tejido de la historia humana, tejido por su amor, cada vez que es desgarrado por el hombre por el pecado*” (Ibid.).

Juan Pablo II afirma por ello que el ecumenismo moderno es un valor positivo, mientras que la actitud opuesta del pasado es deplorable e incluso pecaminosa; y esto sin hacer distinción entre la acción verdaderamente deplorable y pecaminosa de quienes, por cisma y herejía, se separaron de la única Iglesia de Cristo, y la actitud de la propia Iglesia que se defendió a sí misma y a los cristianos de la herejía y el cisma. La responsabilidad se atribuye a ambos, como si el asesino y la víctima fueran igualmente responsables de un asesinato... Del mismo modo, no solo los “ortodoxos” y los protestantes habrían subordinado la misión evangelizadora a intereses temporales (sometiéndose, de hecho, a los emperadores o príncipes alemanes), sino también a la Iglesia Católica. Pero, ¿cómo puede la Iglesia ser “santa” si prefiere intereses temporales a la misión de Cristo? Entonces, lo que nos divide no es precisamente la “Palabra de Dios” (es decir, en la que en realidad los herejes no creen), sino las palabras de los hombres. ¿Son también las palabras de la Iglesia “las palabras de los hombres”? Y la esperanza ecuménica común sería “más profundamente arraigada que las diferencias que nos separan”. Entre estas “diferencias” ¿no está también la fe católica que los herejes rechazan y que, precisamente, nos separa de ellos? La esperanza ecuménica estaría más profundamente arraigada que la fe católica... ¿en Juan Pablo II? *Ipse dixit!* [El mismo dijo – nota del traductor, en adelante nde]

Más tarde, Juan Pablo II desarrolló su pensamiento, volviendo a la idea de una Iglesia que no sería una sola sino dividida. ***“Invocada por Cristo en el Cenáculo, y tan a menudo rota por sus discípulos a lo largo de la historia, la unidad se convierte cada vez más en la aspiración común y el compromiso fraternal compartido por tantos cristianos”*** (en Riga).

Ya Pío XI condenó la idea de quienes afirmaban que la plegaría de Cristo (Jn 17, 21) no había sido respondida porque la Iglesia se dividiría. Ahora Juan Pablo II afirma que **la unidad fue rota** por algunos **discípulos** no claramente identificados. Dado que la unidad se rompería, hay que trabajar en la *“recomposición de la unidad de los discípulos”* (Tallin). Al contrario, las divisiones que existen hoy *“entre cristianos”* (es decir, entre cristianos y herejes) se comparan con las “divisiones” existentes entre los primeros discípulos de Jesús: ***“En el momento de la Ascensión, fue una cuestión de dudas lo que dividió a los discípulos ante la misteriosa realidad del glorioso cuerpo del Resucitado. Hoy, las dudas que dividen las diferentes confesiones cristianas se refieren más a esa otra realidad, no menos misteriosa, que el apóstol Pablo describe con la densa y evocadora expresión del Cuerpo de Cristo”*** (Tallin). Una comparación insultante para los Apóstoles y los primeros discípulos, comparados con todo tipo de herejes que no dudan del misterio del Cuerpo de Cristo, sino que niegan la verdad revelada, es decir, que este Cuerpo de Cristo es, tal y como es realmente, la Iglesia Católica.

“Nunca como hoy —continúa Juan Pablo II— la unidad de los cristianos es necesaria para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10, 10)” (Tallin). Si tomamos estas palabras literalmente, tendríamos que creer que actualmente nadie “tiene vida”, nadie está salvado, ya que es un elemento necesario (por tanto, no opcional) para “tener la vida”, *“la comunión entre todos los creyentes en Cristo”* (Ibídem) aún no se ha completado. Esta unidad entre los cristianos, por tanto, se pone en relación explícita con la dirección que toma el mundo, *“en un tiempo —por ejemplo— de creciente interdependencia mundial”* (Riga). *“El mundo actual es cada vez más sensible a los valores de unidad e interdependencia, solidaridad y paz”* (Ibídem); y entonces *“las Iglesias”* (en plural) deben ser a un mundo... globalista, un ejemplo trascendente de unidad.

Todo esto, en el contexto de la inevitable **libertad religiosa**: *“El obispo de Roma”* (así es como también se presenta en la católica Vilna, al

final de una “celebración eucarística” (ex-misa); (cf. O. R., 6-7 de septiembre de 1993, pág. 7) enseña que *“la libertad religiosa constituye, pensándolo bien, la garantía del éxito de tal empresa: donde, de hecho, creyentes y hombres de buena voluntad (exateos – nde) aceptan medirse junto con la Verdad y sus exigencias éticas, la esperanza abandona el puerto de la utopía y encuentra la ruta del desarrollo auténtico”* (Vilna). La Iglesia y la experiencia enseñan, por otro lado, que, debido al pecado original que inclina al hombre al pecado, la libre confrontación entre la Verdad y el error, los verdaderos creyentes, los falsos creyentes y los no creyentes, no conduce a ningún desarrollo, sino, tras utopías fatales, al triunfo del mal.

A los obispos de Etiopía y Eritrea.

El 4 de octubre Juan Pablo II recibió en el Vaticano a “los obispos de Etiopía y Eritrea” para su visita *“ad limina apostolorum”* (L’Osservatore Romano, 8 de octubre de 1993, pág. 5). Pasemos por alto los temas recurrentes en cada discurso de Juan Pablo II, según el cual en Etiopía como en otros lugares, la base de una sociedad correcta se encuentra en la *“tolerancia étnica y religiosa”*, en la *“protección de los derechos humanos”*, en la *“garantía de la libertad religiosa”*, en el *“progreso de las relaciones ecuménicas”*, para el cual los católicos etíopes deben estar *“deseosos de trabajar con miembros de otras Iglesias Cristianas (herejes – nde), con hombres y mujeres de otras religiones (los infieles – nde) y con todas las personas de buena voluntad (los ateos - nde). en la construcción de las comunidades a las que pertenecen”*, olvidando que *“si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los constructores”* (Salmo 127, 1) ...

Centrémonos en esta otra afirmación: *“Como recordé durante la reunión celebrada a principios de este año con Abuna Paolos, Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Etíope: **Compartimos la fe transmitida por los Apóstoles, así como el ministerio en sí mismo y los mismos sacramentos arraigados en la sucesión apostólica** (Discurso del 11 de junio de 1993, n° 2)”*. Recordemos que la falsa Iglesia, falsamente llamada ortodoxa, es cismática y herética. Por lo tanto, ella y sus miembros **no comparten con los católicos la fe transmitida por los apóstoles**. Por ejemplo, la primacía de Pedro, la constitución monárquica de la Iglesia, la naturaleza moral ilícita del divorcio y muchas otras verdades que los “ortodoxos” niegan obstinadamente pertenecer a la fe transmitida por los apóstoles. En cuanto a los sacramentos, es

cierto que los “ortodoxos” los administran válidamente, pero lo hacen ilícitamente, y su “ministerio” deriva **materialmente, pero no formalmente, por sucesión apostólica**. Sin embargo, estas afirmaciones no son nuevas, ya que repiten sustancialmente lo que ya se había declarado, por ejemplo, en 1980 (cf. O. R. 20-V-1980, págs. 9 y 10-V-1980, pág. 14; y también: *Lettre à quelques Évêques sur la situation de la sainte Eglise et mémoire sur certains erreur actuelles*, Société Saint-Thomas-d’Aquin, 21, Ed Lannes, 75116 París, 1983, págs. 38 y 39).

Finalmente, señalamos el elogio completamente indebido y escandaloso, que fomenta el cisma y la herejía y resulta ofensivo para la Iglesia Católica, atribuido a la “*Iglesia Ortodoxa sobre la que el venerable Patriarca de Moscú preside en caridad*”, la cual goza de una “*gloriosa tradición*” (en Vilna, O. R. 6-7 de septiembre de 1993, pág.7). Dado que la tradición de la “Iglesia Ortodoxa sobre la que preside el venerable Patriarca de Moscú en caridad” comienza con el cisma de la única Iglesia de Cristo, la Iglesia Católica Romana, no vemos qué gloria puede haber, ni siquiera qué caridad, en un pecado prolongado durante siglos y que se opone precisamente a la caridad, como el cisma, que todo impregna esa “gloriosa tradición”.

La democracia como la única forma posible de gobierno

Es otro tema recurrente en la doctrina social de Juan Pablo II. Reiteró esto en el “*Mensaje al Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, Cardenal Camillo Ruini, para la inauguración de la XLII Semana Social de los Católicos Italianos*” (O. R., 29-IX-1993, pág. 5). En primer lugar, ofrece una opinión favorable sobre los últimos cincuenta años de la historia italiana: “*Una evaluación serena del camino recorrido desde la unificación de Italia hasta hoy pone de manifiesto cuánto **trabajo positivo** se ha hecho para superar límites y dificultades. En particular, no se puede negar que **en los últimos cincuenta años** se ha asegurado la participación de todos los ciudadanos en las decisiones políticas y en la elección de sus gobernadores*”. Esta opinión no puede compartirse, dada la evidente secularización y apostasía de Italia, sancionadas precisamente por votos democráticos populares, como los referéndums sobre el divorcio o el aborto. ¡Pero así es! A pesar de los resultados, el régimen democrático no solo es uno posible entre muchos (y entre ellos el peor, como enseña la filosofía católica), sino que es el único posible. De hecho, “*esto es requerido por **valores irrenunciables**, como la*

*dignidad de la persona humana, el **derecho a la participación efectiva de todos**, la posibilidad del desarrollo integral del hombre en su totalidad y de cada hombre, el reconocimiento explícito de los derechos humanos (cf. Centesimus Annus, 47) (nº 3). Y de nuevo: “(Los católicos) deben comprometerse a promover —como reafirmó el Concilio Vaticano II— la totalidad de aquellas condiciones de vida social que permiten a los ciudadanos individuales alcanzar **su propia realización de la mejor manera posible**. Esto presupone, en particular, **que a cada persona se le dé la oportunidad de hacer oír su presencia y voz dentro de las instituciones** (cf. Gaudium et spes, nº 6)” (nº 4). Un valor irrenunciable es, por definición, un derecho natural inalienable. ¿Cómo es posible que los Estados cristianos, incluidos los Estados de la Iglesia y aún hoy la Ciudad del Vaticano, no hayan conocido, durante siglos, “el derecho a la participación efectiva de todos” o “la posibilidad de hacer oír su presencia y voz dentro de las instituciones”?*

La sacralidad de las mezquitas.

“Mensaje al arzobispo de Vrhbosna, Sarajevo”, Osservatore Romano del 3 de octubre (págs. 1 y 6). Juan Pablo II, de acuerdo con la reunión en Asís del 9 al 10 de enero, afirmó la oportunidad de una nueva reunión interreligiosa entre cristianos, judíos y musulmanes, convocada por el *arzobispo* bosnio Puljic. En este mensaje se habla de “*iglesias y mezquitas profanadas*”. Es comprensible que una iglesia pueda ser profanada, siendo un lugar sagrado. ¿Pero una mezquita? ¿Y cómo puede la presencia en la misma región de católicos, “ortodoxos”, judíos y musulmanes ser “*una oportunidad para el enriquecimiento mutuo*”? ¿Acaso la conversión de los no católicos a la fe revelada causaría un empobrecimiento?

San Pablo VI...

Audiencia de Juan Pablo II con los peregrinos de la diócesis de Brescia en el Vaticano (9 de octubre, O. R. 10-10-1993, pág.6). “No se ha borrado nunca el recuerdo de la visita que hice a vuestra diócesis en septiembre de 1982, como **peregrino** a los lugares de origen del **Siervo de Dios**, el Papa Pablo VI —dijo en aquella circunstancia Juan Pablo II al pueblo de Brescia. (...) La razón de vuestra peregrinación es, ante todo, conmemorar, en estrecha comunión con el Sucesor de Pedro, los treinta años desde la elección de Pablo VI al Pontificado Supremo. Este aniversario es especialmente afortunado, ya que ha estado marcado por el reciente anuncio de la causa

de canonización de mi gran Predecesor, a quien he deseado reconocer como un verdadero padre desde mi primera encíclica (Redemptor Hominis, nº 4). Con el paso de los años, se hace cada vez más evidente que Pablo VI fue un regalo auténtico del Señor para su Iglesia y para el fin de la humanidad.”

La fama pública de Pablo VI, en cuanto a fe y moral, ciertamente no es tal que se pueda reconciliar con ... un proceso de canonización. Y para quienes señalan el estado deplorable al que la Iglesia y su doctrina han sido reducidas durante su gobierno, parece nada menos que blasfemo atribuir al Señor tal “don” dado a la Iglesia.

Veritatis splendor

Y la última *encíclica*. ¿Recuerdas el *Mysterium Fidei* de Pablo VI? Nadie recuerda esa otra encíclica que engañó a los que pensaban bien y les permitió aceptar la reforma del Misal romano. La “Nueva Misa” permanece, y cada día arruina más y más la fe eucarística de quienes asisten a ella. Ya *nadie sabe nada del Mysterium Fidei*. La misma operación fue realizada por el digno hijo de tal padre (véase arriba). La moralidad católica seguirá siendo demolida con impunidad, mientras que *Veritatis splendor* acabará en un cajón. ¿Pero es realmente la nueva encíclica un documento irreprochable? Sin avanzar en un análisis detallado (otros lo han hecho en nuestro lugar), basta decir que recoge y reafirma algunos de los principales errores con los que el Concilio Vaticano II se opone a la enseñanza de la Iglesia. Este deseo de retomar el Concilio se afirma claramente ya en el nº 3 del documento de Wojtyła: “*El Concilio Vaticano II sigue siendo un testimonio extraordinario de esta actitud de la Iglesia que, como experta en humanidad (Pablo VI ante las Naciones Unidas, 4 de octubre de 1965), se pone al servicio de cada hombre y de todo el mundo.*” El nº 4 reafirma entonces el error eclesiológico del Colegio de Obispos al hablar de un “*Colegio Episcopal*” que, a diferencia del Colegio de los Apóstoles, no existe, como clase estable, en la Revelación divina y en la tradición eclesiástica. El nº 13 afirma que “*la persona humana es la única criatura que Dios ha querido por sí misma (Gaudium et spes, 24)*” cuando se revela que, si todas las demás criaturas son para el hombre, el hombre está orientado para Dios. A partir de Juan XXIII retoma la fórmula que abrió las puertas a la revolución conciliar. De hecho, invita a los teólogos a “*buscar formas cada vez más adecuadas de comunicar la doctrina a los hombres de su época, porque el depósito de las*

verdades de la fe es una cosa, la forma en que se enuncian es otra (Gaudium et Spes, 62)” olvidando que no todas las filosofías, como afirmó Pío XII en *Humani generis*, puede usarse como apoyo para la teología. La falsa concepción de la dignidad de la persona humana en el n° 13 es la razón para reafirmar el contenido de la declaración conciliar sobre la libertad religiosa, *Dignitatis humanae*, como se hace en el n° 31, añadiendo que “*el sentido más profundo de la dignidad de la persona humana (...) ciertamente constituye una adquisición positiva de la cultura moderna*”. Finalmente, *Veritatis Splendor* elogia la “*verdadera democracia, que solo puede nacer y crecer sobre la igualdad de todos sus miembros*” (n° 96).

Solo uno de los errores mencionados sería suficiente para invalidar el valor de todo el documento, lo que es, objetivamente, un nuevo engaño para los pobres fieles.

Karol Wojtyla y el comunismo

El noble polaco Jas Gawronski, sobrino de Pier Giorgio Frassati y vinculado a la familia Agnelli, entrevistó a Karol Wojtyla. El texto fue publicado en el periódico de Agnelli, *La Stampa* (2 de noviembre de 1993, páginas 2 y 3). Comencemos con la afirmación más seria: “***Sin duda, al final de este segundo milenio debe hacerse un examen de conciencia***”, dice Wojtyla a su noble compatriota, y luego pregunta: “***¿Dónde nos hemos desviado del Evangelio?***” ¿A quién se refiere este “nosotros”? ¿A Karol Wojtyla? ¿Al Concilio Vaticano II? ¿A las miserias personales de los fieles individuales? ¿O más bien a los 2000 años de historia, doctrina y práctica de la Iglesia católica? Pero, ¿sigue siendo una Iglesia que “se desvió del Evangelio” la Iglesia de Cristo? El significado obvio de esta afirmación woytjlana sería que la Iglesia no es indefectible, sino que ha fracasado en la misión que Cristo le encomendó, que es precisamente la de difundir el Evangelio. Tal severidad injustificada y blasfema hacia la Iglesia de Cristo choca aún más con la suavidad del juicio de Wojtyla sobre el comunismo. Muchos creen erróneamente que el pensamiento social y político de Wojtyla es la famosa “tercera vía” entre el liberalismo y el socialismo (se debería decir “primera vía”, ya que la doctrina social católica precede, tanto cronológica como en dignidad natural, a las otras dos). En realidad, es una síntesis entre los dos sistemas no católicos. La oposición del cristianismo al comunismo, según Wojtyla, se debe al contenido intrínseco del cristianismo, es decir, “*la de-*

fensa de la persona humana y sus derechos. Y no he hecho más que recordar, repetir, insistir en que este es un principio que debe observarse: sobre todo el principio de la libertad religiosa, pero no solo, también todas las demás libertades debidas a la persona humana. Se trata, por tanto, de una oposición al comunismo en cuanto que es antiliberal y antidemocrático. Aparte de esto, el socialismo contiene un “núcleo de verdad”: *“También es cierto lo que dice León XIII, que hay semillas de verdad incluso en el programa socialista.”* Esto se debe a que el comunismo habría logrado cosas buenas: *“La lucha contra el desempleo, la preocupación por los pobres... “En el comunismo había una preocupación por lo social”* y por eso muchos intelectuales se habían adherido al marxismo, ya que *“muchos de ellos pensaban que el comunismo podía mejorar la calidad de vida”*. En resumen, el comunismo solo sería una reacción al capitalismo excesivo. Eliminemos los excesos del liberalismo y el comunismo, parece decir Karol Woytjla, y todo está bien...

Desgraciadamente, no es así. León XIII nunca atribuyó “semillas de la verdad” al socialismo. La condena fue inapelable, tanto la de Pío IX, como la de León XIII, la de Pío XI (comunismo “intrínsecamente perverso”) o la de Pío XII. León XIII solo condenó, junto con todos sus predecesores y sucesores, el liberalismo y el socialismo, afirmando que este último deriva del primero **no** por reacción, como sostiene Woytjla, sino por legítima filiación. Esto es lo que sostiene el propio Marx (quien, según Woytjla, dio una descripción de las condiciones económicas del siglo pasado similar a la de León XIII), el cual no condena en absoluto el capitalismo liberal ni la revolución industrial, sino que los considera un paso necesario (pero a superar) hacia el establecimiento del socialismo. De hecho, Marx y sus discípulos nunca expresaron sentimientos caritativos destinados a aliviar la miserable situación de los trabajadores; si acaso, se alegraron de ello, para poder llevar a cabo su revolución basada en el materialismo dialéctico. Es ridículo y falso, por tanto, atribuir al comunismo una “lucha contra el desempleo” diferente de la que puede existir en un campo de concentración o en una sociedad esclavista, o una preocupación por los pobres, que debe empobrecerse aún más, material y espiritualmente, o ser exterminada, como se hizo con los campesinos. Las verdades que pueden encontrarse accidentalmente en el marxismo, como en cualquier sistema de pensamiento, incluido el satanismo (es cierto, de hecho, que Satanás... ¡existe!) no autoriza la definición de tal sistema como conteniendo un “núcleo”, una “semilla” o un “alma” de verdad,

cuando es intrínsecamente perverso. La solución a los problemas político-sociales no debe buscarse en un socialismo corregido por el liberalismo (o viceversa), sino en la integridad de la doctrina de la Iglesia que Karol Wojtyła ya no enseña.

A continuación, del N° 11, Nov. 1993, pág. 12 del “Boletín de la Comunidad Judía de Milán” publicamos, sin comentarios, esta colección de citas que demuestran abundantemente la contradicción entre la posición de la Iglesia Católica y la del Vaticano y sus seguidores. Es natural que la Comunidad Judía se alegre del cambio y que los católicos se lamenten. El reconocimiento de Israel por parte del Vaticano, anunciado para el 31 de diciembre de 1994, no hace más que sellar esta contradicción.

BOLETÍN DE LA COMUNIDAD JUDÍA DE MILÁN

Las aspiraciones judías nacionales en los documentos eclesiásticos

Etapas de una ardua toma de conciencia

“Según las páginas sagradas, el pueblo judío debe permanecer siempre disperso y vagando entre los otros pueblos, a fin de que [...] por su propio estado dé testimonio de la fe de Cristo. En cuanto a la reconstrucción de un Jerusalén que se convierta en el centro de un reino israelita restaurado, debe señalarse que esto va en contra de la predicción del propio Cristo.”

Civiltà Cattolica, 1 de mayo de 1897

«Non possumus».

Papa Pío X a Theodor Herzl, 1904

“Mientras los judíos nieguen la divinidad del Cristo, nosotros no podemos pronunciarnos a su favor. [...] ¿Cómo podemos nosotros, sin renunciar a nuestros principios supremos, declarar que les permitimos regresar a la posesión de la Tierra Santa?”

Cardenal Merry del Val a Theodor Herzl, 23 de enero de 1904.

“El peligro que más nos asusta es el establecimiento de un Estado Judío en Palestina.”

Cardenal Gasparri, en L'Osservatore Romano,

21 de marzo de 1919

“Y hoy más que nunca es difícil dar un juicio teológico sereno sobre el movimiento de retorno del pueblo judío a ‘su’ tierra. [...] Esta aspiración plantea numerosos problemas para la propia conciencia judía.

Para comprender esta aspiración y el debate que de ella deriva en todas sus dimensiones, los cristianos [...] deben tener en cuenta la interpretación que los judíos dan a su reunión en torno a Jerusalén que, en nombre de su fe, consideran una bendición. [...] Más allá de la legítima diversidad de las elecciones políticas, la conciencia universal no puede negar al pueblo judío, que ha sufrido tantas tribulaciones a lo largo de la historia, el derecho y los medios para una existencia política propia entre las naciones.”

Comité Episcopal Francés, Orientaciones Pastorales sobre la

Actitud de los Cristianos hacia el Judaísmo,

16 de abril de 1973

“La gran mayoría de los judíos se siente de un modo u otro ligados a la tierra de Israel. La mayoría de los judíos considera esta conexión con la tierra esencial para su judaísmo. Por muchas dificultades que puedan experimentar los cristianos al compartir esta opinión, deben buscar comprender esta conexión entre la tierra y el pueblo que los judíos han expresado en sus escritos y oraciones, durante dos milenios, en el deseo vivo de su patria, la santa Sion.”

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos,

20 de noviembre de 1975

“Para el pueblo judío que vive en el Estado de Israel y que en esta tierra conserva tan valiosos testimonios de su historia y de su fe, debemos invocar la deseada seguridad y la justa tranquilidad que es prerrogativa de toda nación y condición de vida y progreso para toda sociedad.”

Carta apostólica Redemptionis Anno, 20 de abril de 1984

“La esperanza resurge del horror del Holocausto porque hay un signo concreto que brilla como un faro en la noche: es la promesa mesiánica de una tierra, de la tierra reconciliada de Jerusalén, la ciudad de la paz, de un mundo futuro, de un shalom mesiánico.”

Cardenal Carlo Maria Martini, Vallombrosa,

8 de julio de 1984

“La historia de los judíos no termina en el 70. Ella continuará [...] siempre manteniendo en el corazón de sus esperanzas el recuerdo de la tierra de sus antepasados.

Se invita a los cristianos a comprender este vínculo religioso que tiene sus raíces en la tradición bíblica. En cuanto a la existencia del Estado de Israel y sus elecciones políticas, deben verse desde una perspectiva que no sea en sí misma religiosa, sino que se remite a los principios comunes del derecho internacional.

*Ayudas para una correcta presentación de los judíos y del judaísmo
en la predicación y la catequesis de la Iglesia católica,*

junio de 1985

“En cualquier diálogo sincero, la intención de cada participante es necesaria para permitir que otros se definan a la luz de su propia experiencia religiosa.

Fieles a esta afirmación, los católicos reconocen, entre los elementos de la experiencia judía, que los judíos tienen un apego religioso a su tierra, que tiene sus raíces en la tradición bíblica.

Tras el trágico exterminio del Holocausto, el pueblo judío vivió un nuevo periodo en su historia. Tienen derecho a una patria, como tiene toda nación civilizada, según el derecho internacional.”

Papa Juan Pablo II, 11 setiembre 1987

“Finalmente, el católico ve un aspecto típico de la fe judía en la ‘tierra sus padres’, que ha sido intensamente deseada a lo largo de estos cinco milenios, y trata de entender cómo el Estado que surgió en esa tierra puede ser una traducción histórica de esa fe.”

Monseñor Alberto Ablondi, arzobispo de Livorno, presidente de la secretaría de la Conferencia Episcopal Italiana para el Ecumenismo y el Diálogo,

2 de abril de 1988

“Existe un vínculo entre el antisemitismo que hoy ya no puede confundirse abiertamente y ciertas formas de antisemitismo instintivo que muchas personas tienen, especialmente cristianos [que desean invitar al pueblo judío a renunciar a una parte de sí mismos. es decir, con el vínculo que le une a su tierra natal”.

El padre Jean Dujardin, superior general de los Oratorianos, Sens,

marzo de 1989

“Se puede decir que, un crimen sin precedentes, el de exterminar a toda una nación, horrorizó la Europa cristiana y la movilizó para reparar los agravios cometidos a los judíos a lo largo de los siglos y que, a veces, arraigan en las estructuras del pensamiento y de las costumbres.

Tras un intervalo de dos mil años, los judíos finalmente han tenido su propio Estado.

Y las naciones de la civilización cristiana han emprendido la dolorosa labor de erradicar de su propia mentalidad todo prejuicio injusto contra los judíos.”

Papa Juan Pablo II, Discurso a la comunidad judía, Varsovia,

9 de junio de 1991

«...lo que destaca es la aún evidente incompreensión de la conciencia de que el pueblo judío, en su gran mayoría, mantiene el vínculo existente

entre el pacto eterno con su Dios —nunca revocado— y el don de una tierra prometida a los padres desde la primera llamada de Abraham”.

Civiltà Cattolica, junio de 1991.

a cargo del Nes

Le aspirazioni nazionali ebraiche nei documenti della Chiesa

Tappe di una faticosa presa di coscienza

«Secondo le sacre pagine, il popolo giudaico deve sempre sussistere disperso e vagabondo fra gli altri popoli, affinché [...] col suo stato medesimo renda testimonianza della fede di Cristo. Quanto poi al ricostruire una Gerusalemme che divenga centro di un risorto Regno israelitico, va osservato come sia ciò contrario alla predizione del medesimo Cristo».

Civiltà Cattolica, 1 maggio 1897

«Non possumus».

Papa Pio X a Theodor Herzl, 1904

«Finché gli ebrei negano la divinità di Cristo, noi non possiamo pronunciarci in loro favore. [...] Come possiamo noi, senza rinunciare ai nostri supremi principi, dichiarare di consentire che essi tornino in possesso della Terra Santa?».

Cardinale Merry del Val a Theodor Herzl, 23 gennaio 1904.

«Il pericolo che più ci spaventa è la costituzione di uno Stato ebraico in Palestina».

Cardinale Gasparri, in l'«Osservatore Romano», 21 marzo 1919

«È oggi più che mai difficile dare un giudizio teologico sereno sul movimento di ritorno del popolo ebraico nella "sua" terra. [...] Questa aspirazione pone numerosi problemi alla stessa coscienza ebraica».

Per comprendere in tutte le loro dimensioni tale aspirazione e il dibattito che ne deriva, i cristiani [...] devono tener conto dell'interpretazione che danno del loro radumarsi attorno a Gerusalemme: gli ebrei che, in nome della loro fede, lo considerano come una benedizione. [...] Al di là della legittima diversità delle scelte politiche, la coscienza universale non può negare al popolo ebraico, che ha patito tante tribolazioni nel corso della storia, il diritto e i mezzi per una esistenza politica propria tra le nazioni».

Comitato episcopale francese, Orientamenti pastorali attorno all'atteggiamento dei cristiani nei confronti dell'Ebraismo, 16 aprile 1973

«La stragrande maggioranza degli ebrei si sente legata in un modo o nell'altro alla terra di Israele. La maggioranza degli ebrei vede questo legame con la terra come essenziale per la propria ebraicità. Qualunque siano le difficoltà che i cristiani possano sperimentare nel condividere questa opinione, essi devono cercare di comprendere questo legame tra la terra ed il popolo che gli ebrei hanno espresso nei loro scritti e preghiere, attraverso due millenni, nel vivo desiderio della patria, la santa Sion».

Conferenza episcopale degli Stati Uniti, 20 novembre 1975

«Per il popolo ebraico che vive nello Stato di Israele e che in quella terra conserva così preziose testimonianze della sua storia e della sua fede, dobbiamo invocare la desiderata sicurezza e la giusta tranquillità che è prerogativa di ogni nazione e condizione di vita e di progresso per ogni società».

Lettera apostolica Redemptionis Anno, 20 aprile 1984

«La speranza ricompare dall'orrore dell'Olocausto perché c'è un segno concreto che splende come un faro nella notte: è la promessa messianica di una terra, della terra riconciliata di Gerusalemme, la città della pace, di un mondo futuro, di un messianico shalom».

Cardinale Carlo Maria Martini, Vallombrosa, 8 luglio 1984

«La storia degli ebrei non si conclude nel 70. Essa continuerà [...] conservando sempre nel cuore delle sue speranze il ricordo della terra degli avi».

I cristiani sono invitati a comprendere questo vincolo religioso che affonda le sue radici nella tradizione biblica [...].

Per quanto si riferisce all'esistenza dello Stato di Israele e alle sue scelte politiche, esse vanno viste in un'ottica che non è di per sé religiosa, ma che si richiama ai principi comuni del diritto internazionale».

Sussidi per una corretta presentazione di Ebrei ed Ebraismo nella predicazione e nella catechesi della Chiesa Cattolica, giugno 1985

«In ogni dialogo sincero è necessaria l'intenzione da parte di ogni partecipante di permettere agli altri di definirsi alla luce della propria esperienza religiosa».

Fedeli a tale affermazione, i cattolici riconoscono, fra gli elementi della esperienza ebraica, che gli ebrei hanno un attaccamento religioso alla loro terra, che affonda le sue radici nella tradizione biblica».

Dopo il tragico sterminio della Shoah, il popolo ebraico ha vissuto un nuovo periodo della sua storia. Essi hanno diritto ad una patria, così come lo ha ogni nazione civile, secondo il diritto internazionale».

Papa Giovanni Paolo II, 11 settembre 1987

«Il cattolico vede infine un tipico aspetto della fede ebraica nella "terra dei padri", che è stata intensamente desiderata nel corso di questi due millenni, e cerca di capire come lo Stato sorto su quella terra possa essere una traduzione storica di quella fede».

Monsignor Albino Abboni, arcivescovo di Livorno, presidente del segretariato della Cei per l'ecumenismo e il dialogo, 2 aprile 1988

«Esiste un legame tra l'antisemitismo che non si può più confutare apertamente oggi ed alcune forme di antisemitismo istintivo che affliggono molte persone, specie dei cristiani [che vorrebbero] invitare il popolo ebraico a rinunciare ad una parte di sé, cioè al legame che lo unisce alla sua terra».

Padre Jean Dujardin, superiore generale degli Oratoriani, Sens, marzo 1989

«Si può dire che, crimine senza precedenti, quello di sterminare una nazione intera, fece inorridire l'Europa cristiana e la mobilità a riparare i torti recati attraverso i secoli agli ebrei e a volte incisi nelle strutture del pensiero e del costume. Dopo un intervallo di duemila anni gli ebrei hanno finalmente il loro proprio stato».

E le nazioni della civiltà cristiana hanno intrapreso il penoso lavoro di stradicare dalla propria mentalità ogni ingiusto pregiudizio nei riguardi degli ebrei».

Papa Giovanni Paolo II, Discorso alla comunità ebraica, Varsavia, 9 giugno 1991

«...risalta l'incomprensione, ancora vistosa, della coscienza che il popolo ebraico, nella sua grande maggioranza, mantiene del legame esistente tra l'alleanza eterna con il suo Dio - non mai revocata - e il dono di una terra promessa ai padri fin dalla prima chiamata di Abramo».

Civiltà Cattolica, giugno 1991.

a cura del Nes

Dal N. 1, 1 nov. 1993, pag. 12 del "Bollettino della Comunità Ebraica di Milano" pubblichiamo, senz'altro commento, questa raccolta di citazioni che provano abbondantemente la contraddizione tra la posizione della Chiesa Cattolica e quella del Vaticano II e dei suoi aderenti. È naturale che la Comunità ebraica si rallegri del cambiamento e che i cattolici se ne rattristino. Il riconoscimento di Israele da parte del Vaticano annunciato per il 31 dicembre pone solamente il suggello a questa contraddizione.